



Lado a Lado
CHRIS FABRY



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC., CAROL STREAM, ILLINOIS



Lado a Lado
CHRIS FABRY



Visite la apasionante página de Tyndale Español en Internet:
www.tyndaleespanol.com

TYNDALE y la pluma del logotipo son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Lado a Lado

© 2008 por Chris Fabry. Todos los derechos reservados.

Ilustración del auto de la portada © por Peter Bollinger. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © por Brian Regnerus. Todos los derechos reservados.

Diseño: Stephen Vosloo

Consultora técnica: Amber Burger

Edición del inglés: Lorie Popp

Traducción al español: Julio Vidal

Edición del español: Mafalda E. Novella

Versículos bíblicos han sido tomados de la *Santa Biblia*, Nueva Versión Internacional®. NVI®. © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional.

Usado con permiso de Zondervan. Todos los derechos reservados.

Publicado en inglés en 2007 como *Blind Spot* por Tyndale House Publishers, Inc. ISBN-10: 1-4143-1264-4; ISBN-13: 978-1-4143-1264-4.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Fabry, Chris, date.

[Blind spot. Spanish]

Lado a lado / Chris Fabry.

p. cm. — (RPM ; 1)

Summary: For Teo Cabrera and Gabi Méndez, life has been all about NASCAR racing, but while Teo's only goal is to survive, Gabi is determined to become the first successful female driver, and both find themselves tested when dreams and faith collide.

ISBN-13: 978-1-4143-2214-8 (sc)

ISBN-10: 1-4143-2214-3 (sc)

[1. Automobile racing—Fiction. 2. Sex role—Fiction. 3. Christian life—Fiction. 4. Stock car racing—Fiction. 5. NASCAR (Association)—Fiction. 6. Hispanic Americans—Fiction. 7. Spanish language materials.] I. Title.

PZ73.F32 2008

[Fic]—dc22

2007052495

Impreso en los Estados Unidos de América

14 13 12 11 10 09 08

7 6 5 4 3 2 1

***Este libro está dedicado a Jan y Brian,
quienes tuvieron la idea.***

***“Ningún hombre está verdaderamente listo
para vivir hasta que ya no teme morir.”***

Adrian Rogers

***“Talladega es uno de esos lugares que
te volverá religioso muy rápido.”***

Ryan Pemberton, Jefe de Equipo —Army Chevrolet # 01
tomado de A Week in the Life of NASCAR: A View from Within
[Una Semana en la Vida de NASCAR: Una Vista desde Adentro]

EL CONTEXTO LO ES TODO. Una historia maravillosa relacionada con los deportes tiene aún más sentido cuando comprendes lo que sucedió entre bastidores. El primer partido de un joven novato es una buena historia, pero cuando se trata de Jackie Robinson rompiendo la barrera de raza de las Grandes Ligas de Béisbol, que estaba compuesta sólo por blancos, el hecho se convierte en algo histórico. Es emocionante cuando un grupo de excelentes jugadores universitarios de hockey reúne fuerzas para formar un equipo, pero cuando ese equipo gana una medalla de oro olímpica, como en 1980, entonces es un sueño hecho realidad.

Esas historias nos llaman la atención incluso sin saber lo que sucedió en las vidas de los participantes. Pero se vuelven inolvidables cuando entiendes más

Prefacio

acerca de las personas, de sus luchas, de los obstáculos abrumadores que enfrentan en sus vidas privadas.

Por eso estoy tan entusiasmado con la serie RPM. En contadas ocasiones puedes ver los comienzos auténticos de algo tan especial. Tan puro. He realizado la cobertura de NASCAR por muchos años. Recuerdo lo que ocurrió ese año como si fuera ayer —cómo Gabi dejó una marca en el deporte a una edad tan temprana y la tragedia que golpeó a Teo. Como alguien que conoce del tema, que le encanta escribir acerca del deporte y mirar la acción en la pista, pienso que esta es una biografía inigualable.

Hubiera querido escribir esta historia, pero no la experimenté de primera mano. Hubiera querido vivir la mitad de la aventura pero no la viví. Hubiera querido saber de algún modo lo que iba a suceder antes de que el telón se levantara en las vidas de la gente de Velocity, Carolina del Norte. Pero, ¿a quién pretendo engañar? La historia está aquí mismo, para ti. Cada pizca. Lo mejor de todo es que no se ha excluido nada.

Lee y disfruta de su historia. Mientras lo haces, ve y prepara tu propia historia algún día.

Calvin Shoverton

Reportero principal de automovilismo,
Charlotte Times

ESE DOMINGO EN LA TARDE en Talladega, Alabama, la vida de Teo Cabrera cambió para siempre. Después de aplicar pegamento de burlete a las tuercas de la rueda, de ajustarlas y cubrir las, se dirigió a la tribuna.

“Demasiada gente en los boxes hace que el día sea malo,” había dicho el papá de Teo, frunciendo el ceño como insinuándole que no había nada que su papá pudiera hacer. La gente del equipo estaba tensa. El dueño caminaba de un lado a otro, desde los boxes hasta el garaje, tan nervioso como un ratón lerdo en una habitación llena de gatos rápidos.

En lugar de engullir la comida que el papá de Teo había preparado para el equipo, la comía con la mirada perdida y sin ninguno de los chistes ni de las bromas pesadas que normalmente solía hacer. Todos podían sentir algo en el

aire. Teo no podía distinguir si era algo bueno o malo, pero podías cortar el aire con un cuchillo. Tal vez era porque el piloto, Kenny Overton, había anunciado dos semanas atrás que se jubilaba y todos se preguntaban si otro equipo los contrataría el año próximo. El papá de Teo ya había encontrado trabajo. Era sólo cuestión de terminar la temporada e ir rumbo al norte. Un buen conductor que pudiera cocinar y levantar un pesado bidón de gasolina era valioso.

Teo fue al camión, tomó los vapuleados binoculares de su papá y se colocó el pase para la tribuna alrededor del cuello. Le gustaba mirar desde los boxes y ayudar a su papá con el reabastecimiento de gasolina, pero las tribunas estarían bien. Al menos el jefe del equipo no lo hizo sentar en el camión durante la carrera. Le había sucedido eso una o dos veces cuando era más joven.

Pasó por los puestos y se le hacía agua la boca por el olor de las salchichas y las cebollas. No había nada mejor que un perrito caliente con abundante mostaza o un zumo de lima y cereza para ayudar a tragarlo, pero sólo tenía dos dólares en el bolsillo. Tal vez si Overton ganara hoy, su papá podría darle el dinero de viaje que le había prometido, pero Teo no lo esperaba con ansiedad. El dinero siempre era escaso.

Teo recorría las tribunas con la vista. Las caras se desdibujaban por el brillo del sol. Había mujeres con

vestidos veraniegos, gafas de sol y grandes peinados. Los hombres alentaban a los gritos a sus pilotos favoritos mientras pasaba un desfile de motocicletas, banderas y celebridades.

Esta gente no tenía idea de lo que era realmente poner los autos en la pista. Podían irse a casa después de la carrera y mirar la retransmisión en el canal SPEED y tal vez mirar un partido de fútbol. Podían poner los pies en alto, comer pizza y disfrutar de sus aparatos de televisión de pantalla gigante. Teo pasaba las horas posteriores a la carrera empacando y yendo de un lado a otro. Después de todo un día de preparativos para la carrera, cansado y hambriento, pasaría la noche tratando de acomodarse en el asiento del acompañante del semirremolque de Charlie Hale, compartiendo el asiento con Chester, un perro de raza beagle, que olía como la parte sur de una vaca que se dirige hacia el norte. En realidad, su olor era más parecido al de un burro. Viajarían toda la noche hacia Carolina del Norte, descargarían y comenzarían los preparativos para la próxima carrera.

Pero Teo no cambiaría por nada el estar tan cerca de la acción, algo con lo que la gente de las tribunas sólo podía soñar. Una madrugada, cuando estaba ayudando a su papá a preparar el desayuno, dos pilotos que estaban entre los primeros diez en la tabla de posiciones estaban hablando sobre las condiciones

de la pista mientras Teo pasaba por allí con dos bolsas de hielo para la nevera. Uno de los pilotos le pidió a Teo un par de refrescos. Teo supo cuáles traer porque a estos tipos no les gustaría ser sorprendidos bebiendo otra cosa que no fuera el refresco de su patrocinador. Los logotipos estaban en todas partes en sus trajes ignífugos y en los costados posteriores de sus autos. Un piloto le dio \$20 cuando volvió con los refrescos. Esa era la clase de cosas que podía ocurrir si estabas en el lugar correcto en el momento justo.

Pero Teo quería hacer algo más que tan sólo ir a buscar Coca Cola. Quería ser piloto. Soñaba con verse a sí mismo vestido con uno de esos trajes algún día, correr por la pista, tomar la bandera a cuadros y agitar la botella de champán hasta que se derramara sobre todos. Si todo eso sucediera, en primer lugar les agradecería a las personas que hicieron todo el trabajo pesado. Personas como su papá. Ellos nunca se quejaban. Sólo cumplían su trabajo y hacían que las cosas fueran más placenteras para todos los demás.

Lo más cerca a correr que había estado Teo había sido corriendo kartings en un parque de diversiones. Pero estaba seguro de que si alguna vez tenía la oportunidad, podría mostrarle a la gente que él era algo especial.

La gente de las tribunas llevaba puestos los números de sus pilotos favoritos y aplaudía cuando

eran presentados y caminaban a lo largo del escenario improvisado, pero no tenía idea de cuán importante era el equipo. Sin ellos, el piloto no era nada. Por supuesto, sin el piloto, el resto del equipo tampoco era nada. Teo sentía que la hinchada hablaba de trabajo en equipo y reconocía al jefe del equipo o al spotter, pero realmente no sabía que todos los que llevaban puesto el uniforme tenían que trabajar juntos como los pistones de un motor. Todo tenía que ponerse en marcha correctamente, en el momento justo, para poder ganar.

Los pilotos y los miembros del equipo se pusieron en fila para la oración y el himno nacional. Entonces, algún tipo de Hollywood o Nashville o Nueva York dijo: “¡Caballeros, enciendan sus motores!” Era probablemente otra persona famosa cuyo primer viaje a la pista era hoy.

Se encendieron los interruptores y rugieron los motores. La pista cobró vida. Teo encendió su escáner y sintonizó el canal correcto. Con los auriculares puestos, podía escuchar todo lo que el jefe de equipo y el spotter le decían al piloto.

“Vamos,” susurraba, concentrándose en el auto #12 de Overton. “Ha llegado el momento. El más importante.”

La multitud gritaba a medida que los autos aceleraban, el auto de seguridad alteraba su curso y se

agitaba la bandera verde. Los motores bramaban tan fuerte como un millón de estridentes fanáticos y lo abrumaban como siempre. Le hacían sentir que estaba atrapado en algo más grande que él mismo. Algo enorme e increíblemente estruendoso.

Teo estaba en lo alto de las tribunas, concentrado en el auto #12 cuando pasaba por la recta opuesta. Los autos ya debían estar yendo entre 305 a 320 kph.

La gente gritaba los nombres de sus pilotos favoritos a medida que pasaba la fila de autos. *Ffft, ffft, ffft, ffft*. Las gorras salieron volando por sobre la barandilla unos segundos después.

“Por afuera, al costado,” dijo el spotter. “Junto a la puerta. Está despejado, está despejado.”

Teo miró hacia las tribunas nuevamente. La multitud se movía como algo viviente, como un ondulante océano de gente. Era un océano multicolor lleno de gorras y camisas con el número de cada piloto desde hace 30 años hasta el presente. Algunos estaban desteñidos. Otros eran nuevos, comprados recientemente a los vendedores de afuera. Un rostro le llamó la atención. Una mujer caminaba en las tribunas, cruzando frente a él unas filas más abajo, con la mirada fija. La gorra baja. Gafas de sol. Camiseta roja y negra. Pelo castaño saliendo por debajo de su gorra hacia la espalda.

Teo se puso de pie; sus binoculares cayeron sobre

su pecho. ¿Era la misma camisa que había visto en las fotografías?

La mujer desapareció por el túnel que había abajo.

Él limpió la transpiración de su frente. ¿Debería seguirla? Se parecía mucho a ella. Tal vez era ella. Pero, ¿qué estaría haciendo ella allí? Lo tomó como si hubiera sido una coincidencia, pero la sensación extraña permanecía.

Finalmente Teo no lo pudo soportar más, y bajó las escaleras y entró al túnel. Estaba un poco más fresco allí. El olor de la comida era abrumador.

Las mujeres hacían filas cerca de los baños y estaban paradas apoyándose en un pie y luego en el otro. Hablando. Riendo. Algunas se dirigieron a los baños químicos portátiles. Algunos hombres salieron uno por uno del baño; se apuraban para volver a sus asientos y colocarse los tapones en los oídos.

Teo miró hacia los dos lados a la marea de personas. Centenares de personas. Algunos recién llegaban. Otros sólo eran fanáticos de los perros calientes o de la cerveza. No podía quitarse de encima la imagen de la mujer y comenzó a zigzaguear entre la multitud. Se acercó a otro baño de mujeres y vio a alguien con cabello castaño.

—¡Ten cuidado! —gritó un tipo fortachón cuando Teo tropezó con él. Estaba haciendo equilibrio con dos bebidas y un pretzel cubierto de mostaza.

—Perdón —dijo Teo sin detenerse.

Corrió mientras la mujer daba vuelta a la esquina y comenzaba a subir a la tribuna. La multitud gritó. Algo estaba sucediendo.

La mujer se detuvo al llegar arriba, junto a un guardia de seguridad. Ella aplaudió y dio un salto; su gorra cayó al piso empujada por una ráfaga de viento.

Teo la levantó y se la dio. Su corazón palpitó cuando ella se dio vuelta y miró a Teo a la cara.

—Gracias, jovencito. —La mujer era mucho mayor que su madre; tenía la piel color bronce, como la de un lagarto. Tenía puesto tanto lápiz de labios como para pintar toda la interestatal 20 hasta Atlanta. Su ceño se frunció—. ¿Sucede algo malo, querido? —preguntó con acento sureño.

Teo bajó la mirada. —No. Pensé que era otra persona. Disculpe.

Una sensación de vacío lo persiguió al volver a su asiento. Averiguó la cantidad de vueltas y quién estaba en el primer puesto. Ya habían corrido 25 vueltas, y hasta ahora no había habido ningún accidente. Talladega era la pista más larga para carreras de copa, el escenario de accidentes horriblos. La gente a su alrededor parecía impaciente, presintiendo “el grande,” el peor accidente del día.

En la curva opuesta, un auto comenzó a girar

fuera de control y lanzó al aire una columna de humo. Apareció la bandera amarilla.

“Accidente en la curva tres,” dijo el spotter. “No veo muchas piezas por allí. Sólo sigue al auto que tienes adelante.”

Teo miró al equipo de Overton mientras se preparaban en los boxes. Otra vuelta más detrás del auto de seguridad y comenzaría la carrera por entrar a los boxes.

Teo encontró a su papá en el alboroto que había en medio de los trajes rojos. Tenían asignado el segundo lugar para salir de la pista, una posición difícil. El bombero estaba detrás de la pared con un extintor cerca. Las autoridades de la carrera también estaban allí, pendientes de la parada.

Teo accionó el botón negro de su reloj hasta que el cronómetro volvió a 00:00. El auto #12 se desvió y entró en la entrada a boxes. Sus ruedas chirriaron al detenerse, tres de ellas dentro del box.

“Eso cuenta,” dijo Teo en voz baja, mirando a una de las autoridades de la carrera. “Vamos, muchachos.”

El equipo ya estaba sobre la pared antes de que el auto se detuviera, y Teo apretó el botón. Los preciosos segundos pasaban y el padre de Teo se ponía en posición. Era el ayudante de carga de combustible.

:03

Los neumáticos posteriores ya habían sido retira-

dos. Todo estaba saliendo bien en la parada. El elevador hizo descender el auto y corrió al frente del mismo, llevando el gato como si no pesara, lo cual Teo sabía que no era verdad. Él lo había levantado con una mano —o por lo menos había tratado.

:09

Ellos podrían terminar en :13, ¡un muy buen tiempo de parada!

La multitud se estremeció y Teo miró hacia arriba, dejando los binoculares. Otro auto que se acercaba a gran velocidad hacia la calle de los boxes había perdido el control, virando bruscamente de un lado a otro. Venía muy rápido como para detenerse, muy rápido como para recuperar el control. Entonces se escuchó un crujido escalofriante y la gente comenzó a correr a toda prisa. Había humo y restos de autos.

El corazón de Teo latía frenéticamente mientras se ponía de pie esforzándose para ver lo que había sucedido. Una ambulancia que estaba estacionada en el otro extremo de la pista dejó su lugar y dio toda la vuelta al circuito.

—¿Hay algún herido? —le preguntó Teo a un hombre que estaba a su lado.

—No lo vi —dijo el hombre—. Mi esposa dijo que parecía que había alguien atrapado entre dos autos.

Bajó rápidamente de las tribunas y corrió a toda velocidad por el camino que llevaba al infield. Sabía

que no podía volver, pero tenía que hacer algo. En sus auriculares hubo interferencia y escuchó decir al spotter de manera entrecortada que el #12 y el #14 estaban fuera de carrera. ¿Estaban heridos los pilotos o algún miembro del equipo?

La ambulancia iba de prisa hacia el hospital de la pista cuando Teo llegó adonde estaban los guardias de seguridad.

—¡Teo! —gritó alguien. Era Charlie Hale, otro miembro del equipo Overton. Su rostro estaba pálido y tenía los ojos enrojecidos—. No puedes ingresar allí, hijo.

—¿Quién era? —dijo Teo—. Vi venir volando a ese auto fuera de control.

—¿No lo escuchaste? —La barbilla de Charlie se frunció y miró hacia otro lado—. Fue un desastre.

Teo lo supo cuando el hombre puso las manos en sus bolsillos posteriores.

—¿Cuán mal está?

—Ay, Teo . . . —Fue todo lo que Charlie pudo decir. Puso su brazo sobre Teo y lo acercó hacia él—. Lo lamento realmente.

—Está en el hospital, ¿no es cierto? Quiero decir, lo podrán atender allí.

Charlie no respondió.

Los rotores comenzaron a girar en el helicóptero de evacuación médica. Dos hombres con insignias

de seguridad se les acercaron. “¿Eres Teo Cabrera?” dijo uno de ellos.

Los hombres se pararon a los costados de Teo, sosteniéndolo como si fuera a desplomarse. Un automóvil de policía lo estaba esperando en el estacionamiento con sus luces destellando. El helicóptero despegó y Teo entró al auto de policía.

Mientras se alejaban, los motores retumbaban al aparecer la bandera verde. La carrera estaba en marcha nuevamente.

EL SNOW BOLL SE LLEVA A CABO

cada año a mediados de enero cerca de Enterprise, Alabama. Toma su nombre de una estatua que está ubicada en el medio del pueblo, la que representa a una señora vestida de blanco que sostiene sobre su cabeza un insecto negro y tiene una fuente a su alrededor de la que salen chorros de agua. El insecto es un picudo del algodón —*boll weevil*— y el pueblo rinde homenaje a la plaga que destruyó las cosechas de algodón a principios del siglo veinte. El picudo del algodón forzó a los granjeros a recurrir a otros cultivos como el maní. Al pie de la estatua hay una placa que dice: “En profundo agradecimiento al Picudo del Algodón por lo que ha hecho como Herald de Prosperidad.”

Cada año, se esculpe en hielo la estatua de un picudo del algodón y una

Capítulo 1

El Snow Boll

máquina que fabrica nieve la rocía sobre las tribunas del autódromo “Coffee County,” una pista de carreras de unos 1200 metros. Jóvenes y viejos llegan a la carrera a pie y en tractores, e incluso hay una competencia de autobuses escolares. Pero el acontecimiento principal es la carrera de la categoría Legends del sábado por la noche llamada Snow Boll. Automóviles de 25 estados clasifican por la tarde y el entusiasmo aumenta paulatinamente a medida que el sol se pone.

El piloto favorito de todos es un vendedor de muebles de la zona que tiene 63 años y que aparece en avisos publicitarios por televisión vestido con su traje ignífugo y su casco, sentado en uno de sus “cómodos sillones reclinables.” Sin embargo, la mayoría de los participantes es más joven.

Este año, la primera y la segunda posición fueron para los hijos de pilotos de NASCAR Butch Devalon y Danilo Méndez, y era claro que la rivalidad de los padres se había contagiado a sus descendientes.

Después del himno nacional, cantado por el coro de la Primera Iglesia Boyd, los motores se aceleraron y la carrera comenzó. Algunos de los pilotos, como el vendedor de muebles, se contentaban con permanecer en las últimas posiciones, pero era obvio que desde el momento en que se bajó la bandera verde hubo dos que habían tomado en serio el ganar la carrera.

El #13, de Chad Devalon, pasaba velozmente por la pista y le llevaba por lo menos cuatro autos de distancia al #76 de Gabi Méndez. Los dos habían liderado cada vuelta de la carrera.

Un hombre vestido con pantalones vaqueros negros y una chaqueta negra con #13 en los dos hombros gritaba: “¡Ya lo tienes, Chad! ¡Acelera, muchacho!”

Una aficionada se le acercó con una camiseta doblada y un bolígrafo.

“Ahora no, querida; estoy mirando a mi hijo,” dijo el hombre. Luego gritó: “¡Vamos, Chad!”

Cada vez que gritaba, la gente a su alrededor se alejaba un poco más. En esta sección acordonada, la tensión parecía flotar como el humo de un escape defectuoso en un garaje. Agitó su puño al aire e hizo vibrar la cerca de alambre con la otra mano.

A varias filas de distancia, una mujer pelirroja se concentraba en el #76, estudiando la carrera como un halcón que vigila si hay movimiento en el campo. Todo el que supiera de carreras podía decir que estaba estudiando la trayectoria del auto cuando pasaba por el surco negro de la pista, el mejor camino para lograr la mayor velocidad. Cuando los autos tomaban la curva más lejana, el cuerpo de la mujer se inclinaba como si una parte de ella estuviera en el auto. “Vamos, Gabi,” murmuraba con los dientes apretados.

Al lado de la mujer había un niño que tenía la piel más oscura que ella, ojos marrones grandes como platillos y una gorra de NASCAR bajada hasta los ojos. Frunció el ceño cuando Butch Devalon gritó de nuevo. El niño miró al hombre que estaba a su lado, que estaba revisando sus mensajes de texto en un teléfono celular. —Papá, ¿qué es peor? ¿Correr contra él o sentarse cerca de él durante la carrera?

El hombre sonrió. Tenía las letras *AM* escritas de manera sencilla en su gorra y su cara era bronceada y curtida. —No estoy seguro. Las dos cosas son muy frustrantes.

“¡Golpéalo, Chad!” gritó Butch Devalon. “¡Pásalo!”

El auto más cercano a los dos líderes era el #88, conducido por un chico lugareño que apenas cabía en el auto. Su casco parecía apretado, empujando sus mejillas hacia afuera como una ardilla listada que tiene guardadas todas las nueces del invierno.

La voz del locutor retumbó en los altavoces. “Faltan diez vueltas y Chad Devalon mantiene una pequeña diferencia sobre Gabi Méndez.”

La gente aplaudía en las tribunas cuando se mencionaban los nombres. Estos dos todavía estaban en la escuela secundaria y ya tenían admiradores.

El locutor continuó mencionando al resto y el vendedor de muebles fue quien cosechó el aplauso más fuerte.

“Allí viene Gabi,” le dijo Iván a su papá.

El papá de Gabi dejó su teléfono y miró hacia la primera curva donde el #76 se había cruzado hacia el interior de la pista y había superado al #13. Él sonrió y chifló mientras la tribuna respondía con entusiasmo.

“¡Vamos, Chad!” gritó Butch Devalon. “¡Muéstranos lo que puedes hacer!”

Los olores del aceite, la gasolina y los tubos de escape flotaban en el aire mezclados con los de los perritos calientes y el pollo frito. La luna se levantaba en el horizonte como un rostro blanco mirando la carrera desde arriba, desde el mejor asiento del cielo.

El piloto del #76 llevaba puesto un traje ignífugo amarillo dos tallas más grandes de lo debido y un casco color naranja gastado por el uso, como si los hubiera heredado de alguien. El piloto del #13 llevaba puesto un casco negro que reflejaba las luces de la pista como un espejo reluciente.

Cuando faltaban seis vueltas, el #13 le dio un empujón al líder en la curva dos pero el #76 recobró el control y encaró la recta confiado.

Butch Devalon maldijo y no pareció notar las miradas furiosas a su alrededor.

“¡Gabi lo va a lograr, papá!” dijo Iván.

La mamá de Gabi saltó de su asiento, agitó sus puños y golpeó la cerca que estaba frente a ella. “¡Vamos, Gabi!”

Apenas unos centímetros separaban a los dos autos que pasaban las curvas rugiendo y la multitud bramaba. La bandera blanca apareció cuando se aproximaban a la línea de salida/llegada.

La gente se puso de pie y se acercó más a la valla, asiéndose con fuerza, esforzándose por ver, gritando con entusiasmo y agitando sus puños al aire.

“Parece que se está acercando,” le murmuró el padre de Gabi a Iván.

“¡Lo tienes, pásalo ahora, Chad!” gritó Butch Devalon mientras agitaba la cerca.

Los autos parecían la imagen de un espejo en las dos primeras curvas. En la recta opuesta, el #13 fue por adentro y trató de ponerse a la par, pero el #76 hizo el mismo movimiento y le impidió el paso. En la curva tres, el #76 siguió el surco perfectamente, acelerando en la curva cuatro y disparándose como una bala.

Parecía que el #76 tenía la victoria hasta que el #13, que también se había disparado hacia adelante y hacia adentro, se acercó lo suficiente como para tocar la parte posterior del #76 para luego doblar hacia la derecha y golpearlo, haciendo que comenzara a girar lentamente. Un humo blanco se desprendió de los neumáticos y el #13 dobló bruscamente hacia la izquierda y cruzó la meta cuando bajaba la bandera a cuadros.

El #76 dio una vuelta completa y dobló hacia el infield, dejando huellas marrones en el pasto. Cuanto se detuvo, el piloto le dio un golpe al volante con los dos puños e hizo girar las ruedas.

La multitud gemía asombrada por la maniobra, pero Butch Devalon agitaba su puño al aire y vitoreaba. Miró hacia donde estaba la familia de Gabi y mostró su patentada sonrisa burlona mientras el #13 daba la vuelta de la victoria y giraba por la parte interna del circuito cerca de donde estaba parado el #76.

—Eso es correr sucio —dijo alguien detrás de la mamá de Gabi.

—Es igual que su papito —dijo otro.

—¡Parece que habrá una pelea! —dijo un hombre mientras señalaba.

El piloto del #76 casi se había bajado del auto y estaba señalando al piloto del #13. Chad Devalon tan sólo saludó a la multitud —la mitad estaba abucheándolo— y se quitó el casco negro. Cuando vio que venía el otro piloto, puso su casco bajo el brazo y sonrió burlonamente, de manera atterradoramente similar a la que su papá lo había hecho con la familia de Gabi.

—¿Qué sucede? —dijo Chad, con el brazo extendido, tan inocente como un bebé. Era un poco más alto que el piloto que se aproximaba pero no mucho.

Se quitó el casco color naranja y cayó una cola de caballo. —¡Hiciste eso a propósito y lo sabes! —gritó Gabi Méndez.

—Es sólo una de esas cosas que pasan en las carreras —dijo Chad, volviendo a su auto—. Si no puedes soportar la presión, no entres a la pista.

—Puedo soportar la presión. No puedo soportar a un tramposo.

Chad movió la cabeza en desaprobación. —Admítelo, Méndez. Eres igual que tu padre. No tienes lo que hace falta para estar aquí.

Para entonces, la sección de los aficionados se había abierto y la gente había invadido la pista con Butch Devalon a la cabeza. —Mejor que la alejes de mi hijo, Méndez. Odiaría ver que esa hermosa niña tuya terminara con un ojo morado.

—¡Debería enseñarle a su hijo a no hacer trampa! —le contestó el niño gritando.

—Iván, ya basta —dijo la madre de Gabi. Le pidió a su hija que se acercara.

Gabi estaba a punto de llorar, pero endureció su rostro y se contuvo. —No puedo creer que haya hecho eso.

El padre de Gabi le dio unas palmadas en el hombro y caminó con ella inspeccionando los daños del auto. —Tienes que aprender a olvidarlo y alejarte. No puedes desperdiciar tu reputación con un tipo como ese.

“Oye, Méndez,” gritó Butch Devalon mientras firmaba camisetas apoyado en el auto de su hijo. “Tienes que hacer que deje de conducir y que comience a cuidar niños. Necesitas el dinero.”

—¿Ves a qué me refiero? —dijo Gabi—. Es difícil no responder a eso.

El padre de Gabi se limpió la frente y se arrodilló al lado de la dañada parte posterior del auto. Señaló con la cabeza a los admiradores que se acercaban. —¿Ves toda esa gente? Nunca sabes cuando uno de ellos resultará ser un cazatalentos. Un error, una vez que permitas que tus emociones te venzan, y puedes apostar a que alguien lo grabará en video y entonces aparecerá en todos lados.

—Su reputación no parece molestarle —dijo Gabi, señalando con la cabeza hacia donde estaba Butch Devalon.

—Las va a pagar uno de estos días —dijo el papá de Gabi. Varias muchachas se acercaron corriendo al auto de Gabi. —Ahora olvídale y ve a saludar a tus fanáticos.

Gabi respiró profundamente y exhaló.

Las muchachas llevaban pedazos de papel. Uno de ellos decía: —Sé que algún día te veremos corriendo en NASCAR.

—Espero que sí —dijo Gabi.

Butch Devalon pasó por allí y las muchachas

se derretieron; trataban de conseguir su autógrafo. Las ignoró y miró directamente a Gabi. “No está mal para ser una niña,” dijo. “Ahora tienes que aprender a terminar una carrera.” Miró al papá de Gabi. “Pero tendrás que conseguir un nuevo maestro si quieres hacer eso.”

Gabi quiso darse vuelta e increparlo, pero no se le ocurrió nada que decir. Lo haría mañana. Tendría una respuesta rápida e inteligente que pondría al tipo en su lugar. Pero ahora no se le ocurría nada. Estaba muy enojada por lo que había perdido.



CHRIS FABRY es escritor, presentador de radio y egresado de la academia Richard Petty Driving Experience (velocidad máxima: 216.12 kph). Ha escrito más de 50 libros, incluyendo colaboraciones en *Left Behind: The Kids* [*Dejados Atrás: Los Niños*] *Red Rock Mysteries* [*Misterios Red Rock*] y la serie *Lombricero*, que será publicado por Tyndale Español en 2008.

Usted puede haber escuchado su voz en *Enfoque a la Familia*, la *Red Moody de Radiodifusión* o *Love Worth Finding* [*Un Amor Digno de Encontrar*]. También ha escrito para *Aventuras en Odisea*, *Radio Theatre* [*Radio Teatro*] y *Kids Corner* [*El Rincón de los Niños*].

Chris se graduó en la Escuela de Periodismo W. Page Pitt de Marshall University en Huntington, West Virginia. Vive con su esposa, Andrea, y sus nueve hijos en Colorado.